

FOLLETO 9 DE FORMACIÓN PARA CATEQUISTAS

CATEQUISTAS AL SERVICIO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Introducción

La Iglesia existe para evangelizar y la catequesis es uno de los momentos básicos del proceso de la evangelización. Por eso en cada Iglesia particular una de las acciones que con más mimo hay que cuidar es la de la catequesis, pues gracias a ella, y también gracias a la celebración de los sacramentos, es como se van formando nuevos discípulos de Jesucristo y miembros de su Iglesia.

La catequesis, en el sentido más original y estricto del término, tiene como finalidad la de dar a conocer la fe de la Iglesia, iniciar en la celebración de los sacramentos y contribuir a poner los cimientos de la personalidad del discípulo de Cristo, que tiene que aprender a vivir, actuar y orar según el Espíritu del Señor Jesús y siguiendo las huellas del Maestro, tal y como nos han sido conservadas y transmitidas en el evangelio.

La catequesis, por tanto, no se improvisa. Se trata de una acción que tiene una finalidad propia y unos medios y métodos que deben adecuarse, por una parte, a la mentalidad de los que están siendo iniciados, y, por otra, deben garantizar que los catecúmenos y catequizandos reciban una verdadera iniciación en todos los aspectos y dimensiones de la fe, con el fin de incorporarles e insertarles en la vida divina, que se sacramentaliza por la incorporación a la vida de la Iglesia.

Por todo ello, la catequesis requiere que en cada diócesis exista un proyecto bien definido de iniciación cristiana en el que, bajo la dirección del obispo, a quien compete la responsabilidad última de la catequesis, todos los miembros del pueblo de Dios, sacerdotes, religiosos y laicos, cada cual según su condición, contribuyan a ofrecer un servicio catequético completo y adecuado, que permita conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio según las características propias del lugar donde se intenta implantar la fe.

La catequesis es, por tanto, una responsabilidad de toda la Iglesia y de cada iglesia particular; y ningún miembro de la comunidad cristiana puede no sentirse implicado en ella. De este principio se deriva que todos y cada uno de los agentes que contribuyen a la realización de la catequesis no pueden pensar que realizan su tarea a título personal o meramente privado; más bien actúan en nombre de toda la Iglesia y en virtud de la misión que se les ha confiado como miembros del pueblo de Dios. En consecuencia, la misión de la catequesis ha de ejercerse dentro de un espíritu de comunión y en coordinación con las otras acciones pastorales de la Iglesia y contando, por supuesto, con el trabajo de los demás agentes de la evangelización.

Miramos, pues, a la catequesis como una acción pastoral que visibiliza la comunión de la Iglesia y que contribuye también, muy eficazmente, a la edificación de la unidad de toda la Iglesia. Se trata, pues, de una tarea muy importante y trascendente para la vida de la Iglesia; tanto, que la Iglesia tiene todo el derecho y, al mismo tiempo, el deber de exigir la mejor preparación posible de las personas que, o bien conyunturalmente, o bien de forma más estable participan y contribuyen directamente a la acción catequética en cualquiera de las comunidades cristianas.

Para todos estos catequistas, elegidos y llamados a desempeñar esta función eclesial, van especialmente dirigidas estas páginas. Fundamentalmente queremos recordarles los criterios que el magisterio de la iglesia ha pensado como básicos y esenciales para la formación y preparación espiritual y material de los catequistas, así como los elementos que garantizarán un ejercicio y un desarrollo provechoso de su función catequética en los tiempos actuales.

Los documentos a los que nos referimos son:

1. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Catechesi Tradendae*, Ciudad del Vaticano 1979.
2. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, Ciudad del Vaticano 1997.
3. Conferencia Episcopal Española, *Documento sobre la Iniciación Cristiana*, Madrid 1998.
4. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *El catequista y su formación*, Madrid 1985.

1. Vocación y misión del catequista

1.1. Una llamada de Dios Padre, discernida eclesialmente

Aunque las causas inmediatas por las que alguien llega a ser catequista son muy explicables desde una lógica puramente humana:

- Respuesta a una invitación del sacerdote
- Toma de conciencia de lo que exige la condición de bautizado (y confirmado)
- Impacto producido por el testimonio de otro catequista
- Deseo de adquirir un compromiso en la realización de la comunidad eclesial

Sin embargo, si miramos con fe, detrás de cada una de ellas, podemos descubrir una llamada de Dios que se ha valido de muchas y muy variadas circunstancias para manifestar su voluntad.

El caso es que detrás de cada catequista es fácil encontrarnos con la iniciativa divina; pues Dios, por medio de su Espíritu, no deja de suscitar en el seno de la Iglesia vocaciones que contribuyan directamente al anuncio del Evangelio y a la realización del plan de su salvación, que implica, entre otras cosas, que los hombres lleguen a conocer de forma plena la verdad (cfr. 1 Tim. 2,4).

Dios, por tanto, es el que llama a la tarea de catequizar a través de la imprescindible necesidad de catequización que tiene toda comunidad cristiana. En efecto, tanto el primer anuncio del

Evangelio como la catequesis están al servicio de un mensaje que no surge, primariamente, de las necesidades interiores del ser religioso del hombre sino que viene de Dios. Es el mismo Evangelio, gratuitamente ofrecido por Dios, el que pide ser comunicado y profundizado.

Además, el hecho de que el catequista experimente su dedicación a la catequesis como respuesta a una iniciativa de Dios, le permite entenderse a sí mismo como instrumento al servicio de un plan y de una obra que están muy por encima de sus capacidades y aptitudes naturales; y, por tanto, que solamente será capaz de llevarlas a buen puerto en la medida que sea fiel y dócil a la acción de la gracia divina, sin la cual sería realmente impensable e irrealizable. Tanto es así, que un criterio para discernir si la vocación a ser catequista es de Dios, consiste en experimentar que, junto con la llamada, se le ha concedido igualmente la fuerza para responder y superar, incluso con alegría, las dificultades inherentes al ejercicio de esta vocación.

La llamada del Dios a la tarea de la catequesis, como el resto de carismas, ministerios y funciones en la Iglesia, requiere también de un discernimiento de la propia Iglesia.

Discernimiento que corresponde a los que por el sacramento del orden han recibido el ministerio apostólico, sobre cuyo cimiento, por voluntad de Cristo, se edifica la Iglesia (cfr. 1 Cor 12,28; Ef 2,20; 4,11).

1.2. El catequista está llamado a participar en la misión de Jesús, el único Maestro

El catequista, al aceptar la llamada del Padre, participa y prolonga la misión de Jesús, el primer evangelizador:

- **«Jesús** mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador» (*Evangelii nuntiandi* 7).
- **El catequista** sigue e imita a Jesús justamente como Maestro, catequista de sus discípulos, que les envía a su vez a transmitir el Evangelio por todo el mundo (cfr. Mt. 28,19). Este seguimiento e imitación de la persona de Jesús y de su ministerio constituye para el catequista el modelo determinante de toda su tarea.

1.2.1. Siguiendo a Jesús, catequista de sus discípulos

- ▶ La catequesis de Jesús a sus discípulos hemos de tomarla como un modelo concreto de formación integral para todo catequista. Siguiendo las huellas de Jesús, el catequista educa también en todas las dimensiones del Evangelio, y lo hace con su misma pedagogía.
- **Jesús enseñaba** a la muchedumbre "por medio de parábolas" (Mc. 4,2), pero a los discípulos les enseñaba a solas (cfr. Mc.4,10) y les introducía en los secretos del Reino de Dios.
- Jesús les hablaba mucho a los discípulos sobre el misterio del corazón del hombre, dominado por el pecado y les insistía, por tanto, en la necesidad de convertirse radicalmente a Dios (cfr. Mt 15,17-20).

- Jesús les dio la ley Nueva del Amor.
- El mensaje de Jesús no era aséptico sino provocador: anunciaba ciertamente una gran noticia, pero denunciaba, al mismo tiempo, las actitudes torcidas e invitaba a entrar por la vía de la puerta estrecha, la única que conduce verdaderamente a la salvación (cfr. Mt 7,13-14).
- Les enseñaba, además, a practicar una nueva justicia, superior a la de los escribas y fariseos, y cuyas principales exigencias aparecen resumidas en el Sermón de la Montaña (cfr. Mt. 5,1-48).
- Les hablaba a los discípulos usando un lenguaje lleno de expresiones y de situaciones comunes en la vida ordinaria, asumiendo las preocupaciones, los gozos y las esperanzas propias de los hombres de su época (cfr. Mt 13,24.31.33.44.45.47.52).
- Era, pues, un lenguaje sencillo y corriente, que transparentaba una gran ternura por la gente, sobre todo por los humildes y los que sufren.
- Jesús también enseñó a sus discípulos a orar (Lc 11,1-4).
- Jesús les habló a los discípulos del Espíritu Santo y de cómo tenían que esperar su venida.
- Les invitó a comer de su Cuerpo y de su Sangre.
- Se les apareció tras resucitar de entre los muertos y les siguió instruyendo acerca del sentido de su muerte y su resurrección, explicándoles una vez más las Escrituras que se referían a Él (cfr. Lc 24,27).
- Y, finalmente, Jesús compartió con los apóstoles y discípulos la misión que Él, a su vez, había recibido del Padre (cfr. Jn 20,21-22). Alentó sobre ellos el Espíritu Santo y les envió a evangelizar en su nombre, enseñando y transmitiendo todo lo que habían visto y oído de Jesús.
- ▶ La persona de Jesús tiene que convertirse en un modelo de referencia para todo catequista:
 - Jesús enseñaba de una forma nueva, que cautivaba y atraía por la autoridad con que lo hacía (cfr. Mt 7,28-29).
 - Jesús hablaba sobre Dios con una hondura inigualable, pues hablaba de lo que había conocido cuando estaba junto al Padre (cfr. Jn 1,18; 5,36; 8,38; 15,15) y proclamaba sin rodeos la soberanía absoluta de Dios sobre todas las cosas.
 - Jesús casi siempre hablaba y enseñaba partiendo de lo que la gente era capaz de comprender, pero, al mismo tiempo, hablaba de realidades que superaban con mucho las capacidades naturales de los hombres para entender y comprender.

- Jesús hablaba de las cosas de este mundo, pero en su predicación siempre remitía al Padre y a la esperanza escatológica del Reino que aún estaba por llegar.
- Mas, Jesús con lo que más convencía era con el testimonio de su vida y por las obras que realizaba. Todas y cada una de ellas eran signos del Reino (cfr. Lc 7,22) y el modo como el Padre garantizaba que Jesús era en verdad el enviado por Él para llevar a cabo su obra (cfr. Jn 5,36-37).
- Jesús era tierno, sencillo y comprensivo con los pequeños, los pobres y los humildes; pero exigente cuando se trataba de la gloria de Dios, de su plan de salvación y en lo tocante a las relaciones fraternas y a las actitudes de servicio.

Siguiendo las huellas de Jesús, el catequista educa también en todas las dimensiones del Evangelio, y lo hace con su misma pedagogía, apoyándose en el testimonio de su vida y en las obras de la comunidad cristiana, a quien representa.

1.2.2. **Configurado con el misterio pascual de Jesús:**

- ▶ El catequista no puede olvidar que el misterio pascual es el contenido fundamental del Evangelio, el núcleo esencial del testimonio apostólico.
- ▶ La muerte y la resurrección de Jesús son, por consiguiente, el centro del mensaje que se transmite en la catequesis y la fuente principal que debe nutrir la vida espiritual del catequista.
- ▶ El catequista ha de tener muy presente que la transmisión del Evangelio pasa por la cruz y que, como cualquiera que desee ser discípulo de Jesús, debe seguirlo cargado con ella (cfr. Lc 14,27). Lo cual se traduce en saber cargar sobre sí y aceptar, como lo hizo Jesús: el rechazo, la incompreensión, el sufrimiento y la persecución como algo inherente al servicio del Evangelio. Pues, como se desprende del Evangelio, solo si el grano de trigo cae en tierra y muere da mucho fruto, mas, si no muere, queda infecundo (cfr. Jn 12,24).
- ▶ Por lo general, el rechazo, la incompreensión, el sufrimiento y la persecución le vendrán al catequista —como a Jesús— como consecuencia de su libertad de espíritu, insobornable, ante la verdad de un mensaje que no quiere callar ni traicionar (cfr. Lc 19,40).
- ▶ Con todo, para quien anuncia el Evangelio, la última palabra no la tienen ni el sufrimiento, ni el peligro, ni el hambre, ni la desnudez, ni la espada (cfr. Rom 8,35); la última palabra la tiene la fuerza de la resurrección. Pues, aunque *era conveniente que el Mesías padeciera todo eso para entrar en su gloria* (cfr. Lc 24,26), al final lo que cuenta es que Jesús resucitó. Y por eso el catequista afronta la misión que le toca con una confianza infinita, con una audacia y una paz interior únicas, y con una conciencia segura de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte. Confianza, audacia, paz y valentía que por sí mismas se convierten en testimonio vivo del Evangelio que el catequista quiere transmitir.

1.3. El catequista actúa movido por el Espíritu Santo

La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que solo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia (Catechesi tradendae 72).

1.3.1. El catequista ha de ser instrumento de la acción del Espíritu

- El catequista realiza su tarea convencido de esta verdad fundamental: «El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización» (*Evangelii nuntiandi*, 75). Verdaderamente el Espíritu Santo es el auténtico maestro interior que, más allá de la palabra del catequista, hace comprender a los hombres y mujeres el significado hondo del Evangelio: «Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio» (*Evangelii nuntiandi*, 75).
- De ahí que el catequista ha de saber que su misión esencial consiste en trabajar por suscitar en los catecúmenos y catequizandos las actitudes necesarias para acoger la acción divina de la gracia, el don del Espíritu Santo.
- El catequista es, por ello, tan solo un mediador del encuentro entre Dios y cada uno de los catecúmenos o catequizandos.
- El catequista no es quien da directamente la fe sino el que facilita con su palabra catequizadora el don de Dios y la respuesta del hombre. Si este principio está claro, los catequistas comprenderán que las resistencias a dar el salto a la fe por parte de los catecúmenos o catequizandos no son un problema solo personal o solo de método; al contrario, los catequistas han de entender que la resistencia a creer entra también dentro del misterio que alberga el corazón del hombre, y ninguno de nosotros somos capaces de sondearlo (cfr. Jer 17,9). Por eso, se puede ser un excelente catequista y verse incapaz de evitar las resistencias e, incluso, la negativa del hombre a las exigencias de la invitación divina.

1.3.2. El catequista ha de estar animado por la acción del Espíritu Santo:

- El catequista descubre la acción del Espíritu Santo no sólo en los catecúmenos o los catequizandos sino dentro de sí mismo, como fuente de la espiritualidad exigida por su tarea.
- El catequista sabe que es portador de una sabiduría que viene de Dios. "No es la sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo" (1 Co 2,6), es la sabiduría del Evangelio, que comunica el Espíritu.

1.3.3. El catequista ha de saber discernir la acción del Espíritu Santo:

- El catequista ha de ser sensible a la acción del Espíritu que no es uniforme sino diferenciada, porque es una llamada que Dios dirige a cada uno según Él quiere (cfr.

Catechesi tradendae 35). Puede actuar como llamada, promesa, perdón, corrección, paz, sentido, apoyo, presencia, purificación, exigencia, consuelo. El catequista, por lo tanto, ha de tratar de captar el carácter individualizado de la acción divina para ayudar a cada catecúmeno o catequizando a descubrirla en sí mismo. Para ello el catequista ha de saber dotar a todo el proceso de catequización de un clima religioso y de oración que favorezca el encuentro del hombre con Dios.

- La realidad de esta acción del Espíritu en medio del grupo catecumenal o catequético obliga a desarrollar por parte del catequista una actitud de respeto hacia los catecúmenos o catequizandos, pues ha de reconocer que, en definitiva, es Dios quien siempre toma la iniciativa; y Dios siempre respeta a la persona, su conciencia, su situación y su ritmo.
- El catequista, por lo tanto, tendrá en cuenta que la catequesis es un servicio, no un dominio, y que educar en la fe es posibilitar el crecimiento de una semilla depositada por el Espíritu en el corazón del hombre. El catequista está al servicio de ese crecimiento en cada uno de los catecúmenos o catequizandos. Una catequesis en la que todos se ajustasen de un modo forzado al molde de su catequista, sería una mala catequesis.

2. La formación del catequista

Toda la comunidad cristiana es responsable de la catequesis. Por eso ha de animar y suscitar vocaciones para esta hermosa tarea. Corresponde particularmente a los pastores de las respectivas comunidades alentar y discernir entre sus miembros quiénes son los que por sus cualidades espirituales y humanas mejor pueden desempeñar el oficio de catequistas, siempre contando con que es Dios quien llama y elige a quien quiere, y que no siempre los elegidos por el Señor son los más inteligentes según el mundo, ni los más sabios (cfr. 1 Co 1,26-31).

2.1. Cualidades previas y disposiciones básicas

Con todo es bueno que los pastores de la Iglesia tengan en cuenta cuáles deberán ser **las cualidades previas y las disposiciones básicas** que todo aspirante a catequista ha de tener, para que, con la gracia de Dios y la debida formación espiritual y humana, cada catequista llegue a ser un buen instrumento al servicio del plan de Dios y de la transmisión de la fe.

La voluntad de someterse al juicio de los pastores de la Iglesia para saber si alguien puede desempeñar esta función eclesial es ya de por sí un buen síntoma, pues expresa el deseo del candidato a dejarse ayudar por la Iglesia, para que la vocación que ha sentido, madure con la ayuda de Dios, hasta convertirlo en un buen instrumento en sus manos para el anuncio del Evangelio.

2.1.1. Desde el punto de vista de su condición de creyente

- El candidato debe estar bautizado y confirmado
- El candidato debe estar iniciado en lo más elemental de la fe y vida cristianas.

- El candidato debe vivir en comunión cordial con la Iglesia y cumplir sus mandamientos.
- El candidato debe estar dispuesto a llevar adelante un proceso constante de maduración cristiana y eclesial.

Un hombre o una mujer que están aún indecisos respecto a su opción cristiana, o que ignoren lo más elemental de la fe, o que tengan criterios o valores opuestos a los del Evangelio sin estar dispuestos a renunciar a ellos; o que no practiquen o que sientan desapego respecto a la Iglesia, no pueden aspirar a ser catequistas.

2.1.2. Desde el punto de vista de la motivación por la que el candidato quiere ser catequista:

- El catequista debe aceptar esta tarea basándose en su condición de cristiano, pues ha recibido el bautismo y la confirmación que le configuran con Jesucristo, sacerdote, profeta y rey al servicio de la edificación de la Iglesia y de su misión.

Quien quisiera asumir esta tarea por alcanzar una significación social, por afán de protagonismo, por tener una ocupación con la que llenar el tiempo, por encontrar una actividad donde adquirir amigos, por realizar meramente una labor semejante a la de cualquier otro voluntariado, sin que aparezca para nada como motivo el servicio al plan de Dios, del Evangelio y de la Iglesia, no puede ser catequista.

2.1.3. Desde el punto de vista de las cualidades humanas que ha de tener:

- El candidato debe gozar de una cierta madurez y equilibrio, y tener unas actitudes básicas de capacidad para la relación y el diálogo y con la suficiente apertura al mundo.
- El candidato habrá de saber trabajar en grupo y colaborar con otros catequistas y educadores.
- Hablando en general, parece necesario que el candidato haya alcanzado la mayoría de edad, aunque —excepcionalmente— puede darse tal madurez en quienes se acercan a ella. Aceptar, en principio, casi exclusivamente a adolescentes para salir al paso de las necesidades que plantea la catequesis parece un grave error.

Los responsables de la comunidad cristiana habrán de discernir o probar la autenticidad y verdad de las cualidades y motivaciones que impulsan al candidato a ofrecerse para este servicio.

Es necesario que se den desde el principio, siquiera de una forma germinal, algunas de las cualidades enumeradas, solo así podrá haber las suficientes garantías de que, a través de un mínimo y básico proceso de formación, se desarrollarán posteriormente.

2.2. Dimensiones de la personalidad del catequista que se han de formar

La formación que se ofrece a los catequistas les ha de ayudar a madurar como personas, como creyentes y como apóstoles.

Cualquier catequista debe ser formado para que desempeñe bien su tarea, es decir, para que sepa presentar con fidelidad el mensaje y para que sepa igualmente llegar a los catecúmenos y catequizandos, destinatarios de sus catequesis.

En consecuencia, el catequista ha de conocer bien el mensaje que debe transmitir y, al mismo tiempo, al destinatario que lo tiene que recibir, así como el contexto social en el que vive y que va a condicionar mucho la forma de recibir el Evangelio.

Finalmente, y puesto que la catequesis es un acto de comunicación, la formación de los catequistas no puede olvidar que el catequista es un educador que tiene que saber comunicar bien y de forma adecuada la Buena Noticia de la Salvación.

2.2.1. Madurez humana, cristiana y apostólica de los catequistas

- Apoyado en una madurez humana inicial, el ejercicio de la catequesis, constantemente discernido y evaluado, permitirá a los catequistas crecer en un equilibrio afectivo, en el sentido crítico, en la unidad interior, en la capacidad de relación y de diálogo, y en un espíritu constructivo y de trabajo en equipo.
- El catequista procurará crecer en el respeto y amor hacia los catecúmenos y catequizandos.
- La formación cuidará, al mismo tiempo, que el ejercicio de la catequesis alimente y nutra la fe del catequista, haciéndole crecer como creyente. Por eso, la verdadera formación alimenta, ante todo, la espiritualidad del propio catequista, de modo que su acción brote, en verdad, del testimonio de su vida. Cada tema catequético que se imparte debe nutrir, en primer lugar, la fe del propio catequista. En verdad, uno catequiza a los demás catequizándose antes a sí mismo.
- La formación, también, alimentará constantemente la conciencia apostólica del catequista y su sentido evangelizador.

2.2.2. La formación bíblico-teológica del catequista

- Además de testigo, el catequista debe ser maestro que enseña la fe. Por eso, una formación bíblico-teológica adecuada le proporcionará un conocimiento orgánico del mensaje cristiano, articulado en torno al misterio central de la fe que es Jesucristo.
 - A los catequistas se les ha de proporcionar una formación bíblico-teológica de carácter sintético, que se ha de corresponder con el anuncio que deben transmitir. Una formación en la que los diferentes elementos de la fe cristiana aparezcan bien trabados y unidos en una visión orgánica que respete la «jerarquía de verdades».

- Esta síntesis de fe ha de ser tal que ayude al catequista a madurar en su propia fe, al tiempo que le capacita para dar razón de la esperanza cristiana a los hombres y mujeres de su tiempo.
- Debe ser una formación teológica muy cercana a la experiencia humana, capaz de relacionar los diferentes aspectos del mensaje cristiano con la vida concreta de los hombres y mujeres, «ya sea para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» (*Catechesi tradendae* 22). De alguna forma, y manteniéndose como enseñanza teológica, debe adoptar un talante catequético.
- Finalmente ha de ser una formación que permita al catequista no solo transmitir con exactitud el mensaje evangélico, sino también capacitar a los mismos catecúmenos y catequizandos para recibir ese mensaje de manera activa y poder discernir lo que, en su vida espiritual, es conforme a la fe.
- Cualquier catequista habrá de conocer bien las grandes etapas de la Historia de la salvación: Antiguo Testamento, vida de Jesucristo e historia de la Iglesia.
- Cualquier catequista deberá conocer lo esencial de los grandes núcleos del mensaje cristiano: lo que profesamos en el Credo, lo que celebramos en los sacramentos, los núcleos esenciales de la moral cristiana contenidos en los mandamientos y en las bienaventuranzas; y los aspectos esenciales de la espiritualidad y la oración cristianas.

2.2.3. La formación pedagógica de los catequistas:

Junto a las dimensiones que conciernen al ser y al saber, la formación de los catequistas ha de cultivar también la del saber hacer.

El catequista es un educador que facilita la maduración de la fe que el catecúmeno o el catequizando realizan con la ayuda del Espíritu Santo.

- Lo primero que hay que tener en cuenta es el respeto a la pedagogía original de la fe. En efecto, el catequista se prepara para facilitar el crecimiento de una experiencia de fe de la que él no es dueño. Ha sido depositada por Dios en el corazón del hombre y de la mujer. La tarea del catequista es solo cultivar ese don, ofrecerlo, alimentarlo y contribuir a que crezca.
- La formación tratará de que madure en el catequista la capacidad educativa, que implica: la facultad de atención a las personas, la habilidad para interpretar y responder a la demanda educativa, la iniciativa de activar procesos de aprendizaje y el arte de conducir a un grupo humano hacia la madurez.
- Como en todo arte, lo más importante es que el catequista adquiera su estilo propio de dar catequesis, acomodando a su propia personalidad los principios generales de la pedagogía catequética.

- El catequista, particularmente el dedicado de modo más pleno a la catequesis, habrá de capacitarse para saber programar —dentro del grupo de catequistas— la acción educativa, ponderando las circunstancias, elaborando un plan realista y, después de realizarlo, evaluándolo críticamente.
- También el catequista ha de ser capaz de animar un grupo, sabiendo utilizar con discernimiento las técnicas de animación grupal que ofrecen la psicología y la pedagogía.

Esta capacidad educativa y este saber hacer, con los conocimientos, actitudes y técnicas que lleva consigo, se adquieren mejor cuando se aprenden con la práctica; por ejemplo, durante las reuniones de preparación y revisión y también dentro de las propias sesiones de catequesis.

El fin y la meta ideal es procurar que los catequistas se conviertan en protagonistas de su propio aprendizaje, situando la formación bajo el signo de la creatividad y no de una mera asimilación de pautas externas. Por eso debe ser una formación muy cercana a la práctica.

2.2.4. Las ciencias humanas en la formación de los catequistas

El catequista, además de su propia experiencia, es bueno que adquiera un mejor conocimiento del hombre, de la sociedad, de la cultura y de la realidad en las que vive por medio de las ciencias humanas.

«Hay que conocer y emplear suficientemente en el trabajo pastoral no sólo los principios teológicos sino también los descubrimientos de las ciencias profanas, sobre todo en psicología y sociología, llevando así a los fieles a una más pura y madura vida de fe» (*Gaudium et spes* 62).

2.2.5. Criterios inspiradores de la utilización de las ciencias humanas en la formación de los catequistas:

- El respeto a la autonomía de las ciencias.
- El discernimiento evangélico de las diferentes tendencias o escuelas psicológicas, sociológicas y pedagógicas: sus valores y sus límites.
- El estudio de las ciencias humanas en la formación de los catequistas no es un fin en sí mismo. La toma de conciencia de la situación existencial, psicológica, cultural y social del hombre se hace con vistas a la fe en que se le quiere educar.
- La teología y las ciencias humanas, en la formación de catequistas, deben fecundarse mutuamente. En consecuencia hay que evitar que estas ciencias se conviertan en la única norma para la pedagogía de la fe, prescindiendo de los criterios teológicos que dimanen de la misma pedagogía divina. Son disciplinas

fundamentales y necesarias, pero siempre al servicio de una acción evangelizadora que no es sólo humana.

3. La espiritualidad del catequista

Porque la fe se ha de transmitir con la palabra, pero, sobre todo, con el ejemplo, el catequista debe configurar su vida y su persona conforme a aquello mismo que enseña y transmite, de manera que, aunque *maestro de la fe*, sea, por encima de todo, *testigo de la fe*. Una fe que se profesa con los labios y que está llamada transformar el corazón y todo el ser de los que la confiesan como suya.

Por eso no basta con que el catequista tenga una buena formación teológica y esté dotado de los medios y las actitudes pedagógicas adecuadas; es mucho más necesario, si cabe, para que sea un buen catequista, que cuide y esté atento a su formación espiritual.

La función y la tarea eclesial de la catequesis debe, por tanto, dar forma y configurar la vida creyente de aquellos que quieren transmitir la fe a otros. Conviene no olvidar nunca que la fe que están llamados a transmitir, siendo como es de la Iglesia, es, en otro sentido, suya, o sea, confesada y profesada en primera persona como algo propio. Así es como lo tienen que percibir los catecúmenos o catequizandos, que, como decía el papa Pablo VI, «tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, nos preguntan: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la evangelización» (*Evangelii nuntiandi* 76).

Los rasgos más peculiares que configuran la espiritualidad del catequista en el desempeño de la tarea de catequizar son:

En primer lugar, como toda espiritualidad cristiana, también la de los catequistas se sustenta, en último término, en la práctica y el ejercicio de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que son las tres virtudes por las que todo bautizado participa de la vida divina y, como el sarmiento que está unido a la vid, es capaz de dar fruto y fruto abundante (cfr. Jn 15,5).

3.1. El catequista, testigo de la fe, testigo de la esperanza y testigo de la caridad

■ Testigo de la fe

Si la tarea y función del catequista es, fundamentalmente, **iniciar en lo esencial de la fe:**

LA FE del catequista se tiene que alimentar necesariamente del Evangelio, es decir, del encuentro vivo con Jesucristo, que es quien nos conduce al Padre y nos entrega el Espíritu Santo para que podamos creer que Jesús es el Señor, el enviado por Dios para salvar y rescatar lo que estaba perdido.

- ▶ En consecuencia, el catequista habrá de cuidar, sobre todo, el encuentro con Jesús en la celebración de los sacramentos, de forma especial en los sacramentos de la reconciliación

y de la eucaristía, y también en la oración personal y comunitaria, en la que Cristo siempre está presente.

- ▶ La oración del catequista estará imbuida de espíritu litúrgico. Su tarea de ser iniciador en la liturgia de la comunidad la ejercerá desde unas actitudes celebrativas que su espiritualidad ha de cultivar. Debe saber encontrarse a gusto en la fiesta, en la asamblea litúrgica, en las celebraciones sacramentales, especialmente en la celebración de la Eucaristía.

LA FE del catequista se tiene que alimentar asimismo de todo aquello que por voluntad del Padre nos ha sido revelado a los hombres a lo largo de la historia de la salvación, tal y como nos ha sido transmitido en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia.

- ▶ De ahí la necesidad de una **meditación asidua** de las realidades básicas de la fe: **los acontecimientos salvíficos** —sentido y clave de toda la Escritura—; **los valores evangélicos más fundamentales** tal como aparecen en las Bienaventuranzas y en el conjunto del Sermón del Monte; y **las actitudes subyacentes al Padrenuestro** configuradoras de toda oración y espiritualidad cristianas.
- ▶ Pero, además, para que cada catequista pueda construir una espiritualidad sólida, desde el punto de vista de la fe, ha de conocer y meditar asiduamente los contenidos básicos de la fe de la Iglesia tal y como los profesamos en el Credo. Para ello el Catecismo de la Iglesia se presenta como un instrumento de gran valor que nos ofrece *una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesial* (*Depositum fidei* 4).
- ▶ La oración del catequista entrañará normalmente un tipo de meditación que sea fuente de un conocimiento vivo de los contenidos de la fe, entrañados en una experiencia personal propia que, luego, habrá que transmitir a otros. Esta oración meditativa deberá ser alimentada por una cultura bíblico-teológica sólida.

■ Testigo de la esperanza

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1817).

La esperanza del catequista nace, pues, de la fe misma que está llamado a anunciar.

El catequista confía, y ésa es la raíz de su esperanza, en que Dios no nos puede engañar en todo lo que nos ha revelado y prometido por medio de su Hijo Jesucristo.

Por medio de la virtud de la esperanza el catequista confía en la palabra de Cristo, que nos asegura que el Reino de Dios es como una semilla que crece de modo imperceptible (cfr. Mc

4,26-28), y que está destinada, como la semilla de mostaza, a desarrollarse y crecer hasta convertirse en gran árbol; o como la pequeña cantidad de levadura que una mujer pone en medio de la masa, y que es capaz de fermentarla toda y convertirla en pan (cfr. Lc. 13, 18-21).

La garantía de todo ello es la resurrección; ya que, si Cristo resucitó, es verdad que el Reino de los cielos ya ha comenzado y que todos nosotros, con el auxilio de la gracia, si perseveramos en la fe hasta el final, heredaremos con Cristo la misma gloria del Señor Jesús, que ahora vive exaltado a la derecha del Padre.

La seguridad de conseguir esta meta, por una parte, nos lleva a valorar, a trabajar y a esforzarnos decididamente por conservar y acrecentar tantas cosas buenas como la bondad de Dios nos concede disfrutar ya en esta vida, como signo de su amor y su providencia; y, por otra, hace que los sufrimientos del momento presente sean tenidos en nada en comparación con la excelencia de lo que nos aguarda en el cielo (cfr. Rom 8,18).

Como a san Pablo, también al catequista, la esperanza cristiana le tiene que ayudar a superar todo tipo de dificultades, ultrajes, debilidades, infortunios, persecuciones y angustias sufridas por Cristo y el evangelio (cfr. 2 Cor 12,10).

Y es que, realmente, la esperanza recibida con el bautismo le comunica al catequista una energía interior que se manifiesta en la alegría íntima de saberse ministro del Evangelio y de ser considerado digno de padecer por su causa. Es precisamente esta alegría, el gozo que confiere el Espíritu (cfr. Gal. 5,22), el distintivo auténtico del catequista y la prueba de que la Buena Noticia que anuncia ha invadido su corazón (Jn. 15,11).

«Ojalá que el mundo pueda percibir la Buena nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido la alegría de Cristo» (*Evangelii nuntiandi* 80).

El catequista, porque sabe que no está solo, y porque confía, no en sus propias fuerzas, sino en la fuerza con la que ha sido revestido de lo alto, está seguro de poder superar los obstáculos y dificultades inherentes a su tarea catequizadora; y es consciente de que no le faltarán tampoco ánimos para asumir e incluso dar sentido a los sufrimientos que le sobrevendrán en el ejercicio de su función:

- ▶ Las malas disposiciones o limitaciones de los catecúmenos y catequizandos que no responden al Evangelio como el catequista desearía.
- ▶ La propia falta de fe, creadora de una distancia dolorosa entre el Evangelio que anuncia y su vivencia real.
- ▶ Los contrasignos de la comunidad cristiana que contradicen el Evangelio que está llamada a transmitir.

- ▶ Las condiciones pobres —y a menudo insuficientes— en las que ha de realizar y desarrollar la catequesis.
- ▶ La oposición o indiferencia de los que deberían apoyar al catequista, cuando no es el rechazo o la persecución de los que se cierran a la Buena Nueva del Reino.
- ▶ La oposición o el descrédito del hecho mismo religioso por parte de una sociedad cada vez más secularizada y laicista, que ha olvidado o, al menos, vive de espaldas a sus raíces cristianas.
- ▶ Las nuevas escalas de valores imperantes, tan alejadas de los criterios evangélicos cuando no claramente en contradicción.

■ Testigo de la caridad

El catequista está llamado a vivir del amor de Dios que siempre se anticipa y se adelanta.

Un amor que se alimenta cada día del trato personal e íntimo con el Señor en la Eucaristía y en la oración personal, en la que el catequista dedica largos ratos a hablar con el Padre como lo hacía Jesús durante su ministerio público.

Como Jesús, también el catequista, ora e intercede ante el Padre por los que le han sido confiados (cfr. Jn 17), para que no se pierda ninguno de ellos y que se vean libres de todo mal. Para que catecúmenos y catequizandos sean santificados en la verdad y para que sean uno por el amor, como uno es Dios. Y, por último, también como Jesús, el catequista le pide al Padre para que los catecúmenos o los catequizandos alcancen y contemplen un día, cara a cara, la gloria de Dios, tal y como Jesús les prometió a los suyos.

Testigo del amor de Dios a los hombres

El amor del catequista se dirige preferentemente hacia sus catequizandos a los que ama con un amor entrañable.

«¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia» (*Evangelii nuntiandi* 79).

- ▶ El catequista conoce a los catequizandos, se alegra y sufre con ellos, y comparte sus problemas y preocupaciones.
- ▶ El catequista confía en las posibilidades de todos y cada uno de los catecúmenos o catequizandos.
- ▶ Se trata de un amor paciente, sabedor de que madurar en la fe exige tiempo. Como Jesús, el catequista sabe esperar, por tanto, con paciencia a que madure la semilla de la fe, y no se frustra si los frutos no llegan tan inmediatamente como a veces se imaginaba que llegarían.

- ▶ El catequista procura amar a todos y a cada uno de los catequizandos o catecúmenos con un amor incondicional, sabiendo que este amor constituye de por sí un signo muy importante de la gratitud del amor de Dios.

3.2. Dimensión eclesial de la espiritualidad del catequista

En segundo lugar, la vocación del catequista tiene una profunda dimensión eclesial, que es necesario destacar. Por ello, el amor a la Iglesia configura de manera particular la espiritualidad del catequista. «Como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Ef 5,25), el catequista es sostenido en su tarea catequizadora por este mismo amor.

La misión del catequista únicamente tiene sentido en el seno de la Iglesia y desde la Iglesia.

La misión del catequista, de hecho, solo tiene sentido cuando se la percibe entroncada dentro una Tradición viva que le precede y trasciende a su propia labor:

- ▶ El catequista sabe, por tanto, que es un testigo y un eslabón más de una larga tradición que deriva de los apóstoles (cfr. *Dei Verbum* 8).
- ▶ Quien catequiza transmite el Evangelio que, a su vez, ha recibido (cfr. 1 Co 15,3). La predicación apostólica se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos (cfr. *Dei Verbum* 8).
- ▶ En la tradición apostólica hay ciertas constantes, inalterables al paso del tiempo, que configuran toda la misión de la Iglesia y, por tanto, de la catequesis.
- ▶ El catequista, al catequizar, transmite la fe que la Iglesia cree, celebra y vive: *Cuando el más humilde catequista... reúne su pequeña comunidad, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia (Evangelii nuntiandi 60).*
- ▶ El catequista ha de conformar su acción educadora con estas constantes si no quiere exponerse a correr en vano (cfr. Gál 2,2). *Todo catequista debería poder aplicar a sí mismo la misteriosa frase de Jesús: "Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado" (Jn 7, 16). ¡Qué contacto asiduo con la Palabra de Dios transmitida por el Magisterio de la Iglesia, qué familiaridad profunda con Cristo y con el Padre, qué espíritu de oración, qué despego de sí mismo ha de tener el catequista para poder decir "mi doctrina no es mía"! (Catechesi tradendae 6).*

Ahora bien, el catequista vive su inserción con la Tradición viva de la Iglesia desde su inserción en una comunidad cristiana concreta y, como miembro activo de ella.

En realidad, la función de catequizar se ejercerá siempre bajo la autoridad del obispo, ya que se trata de una acción muy estrechamente ligada a su persona. De hecho, los obispos son y están llamados a ser los primeros catequistas, pues la ordenación episcopal les constituye como

maestros auténticos de la fe para el pueblo de Dios (cfr. *Lumen gentium* 25). Y de su ministerio participan con distinto grado y responsabilidad, los presbíteros y los diáconos.

Nunca, por tanto, el catequista puede entenderse como un evangelizador aislado que actúa por libre. Es, más bien, como un árbol arraigado en el terreno firme de la comunidad cristiana. Solo desde esa vinculación su acción podrá producir fruto.

- ▶ El sentido eclesial del catequista —configurador de su identidad— ha de estar abierto y vinculado tanto a la Iglesia universal y particular como a la comunidad cristiana inmediata y al grupo de catequistas con los que actúa.
- ▶ El catequista ha de cuidar las relaciones y su sentido de pertenencia al **grupo de catequistas**, que ha de constituir en la comunidad cristiana un verdadero germen de vida eclesial. No pocos catequistas encuentran, de ordinario, en el grupo de catequistas la realidad más profunda de la vida de la Iglesia y de su misión. El testimonio de unión fraterna que dicho grupo manifieste es, por otra parte, un factor decisivo en la tarea catequizadora de la comunidad.
- ▶ El catequista ha de contar y prestar atención a las otras realidades educativas que colaboran y ayudan en el proceso de fe de los catecúmenos y catequizandos: la familia, la escuela, las asociaciones y movimientos eclesiales, etc. Esto le llevará a relacionarse con esos educadores: padres, maestros, profesores de religión y responsables de movimientos.
- ▶ El catequista ha de educar también la relación concreta que se va estableciendo entre las personas de su grupo y propiciar así la vivencia comunitaria y eclesial del grupo catequético. Su función como catequista es facilitar que esa vivencia comunitaria vaya creciendo y madurando, movida por ese motor vitalizador que es el amor-fraterno, desde donde habrá que superar las tensiones y dificultades que puedan surgir en las relaciones entre los miembros del grupo.

Esta doble faceta de la dimensión eclesial de la vocación del catequista es decisiva en la configuración de su identidad como tal.

3.3. La espiritualidad del catequista, abierta a los problemas del hombre y de su tiempo

En tercer lugar, la espiritualidad del catequista también y necesariamente, se ha de configurar desde su apertura a los problemas y situaciones de los hombres y mujeres de su tiempo, a quienes quiere transmitirles la fe de la Iglesia, adaptándose a su lenguaje, mentalidad y cultura.

El catequista, por tanto, no puede entenderse a sí mismo como un ser aislado y fuera de su tiempo, que transmite una tradición muerta como si fuera una reliquia del pasado. Al contrario, puesto que el Evangelio es una interpelación siempre actual para los hombres y mujeres de cada época, el catequista necesita estar **abierto a los problemas y deseos de los hombres y del entorno social en que vive**. Esta apertura a lo humano es una exigencia del Espíritu ya que es Él

«quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia» (*Evangelii nuntiandi* 75).

Enraizado en su ambiente, **el catequista comparte** *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de su tiempo* (cfr. *Gaudium et spes* 1) y se compromete con ellos. Es precisamente esta sensibilidad para lo humano la que hace que su palabra catequizadora pueda echar raíces en los intereses profundos del hombre e iluminar las situaciones humanas más acuciantes, promoviendo una respuesta viva al Evangelio. El propio testimonio del compromiso social del catequista, compatible con su dedicación a la catequesis, tiene —ante los catequizandos— un valor educativo muy importante.

- Esta atención al hombre por parte del catequista empieza por **conocer a los catecúmenos o catequizandos de su grupo catequético**:
 - conocer su modo de ser, sus circunstancias personales, sus experiencias humanas más profundas, su entorno familiar, el ambiente y medio en que viven.
 - Es fundamental que el catequista conozca asimismo el presente y el pasado de cada catecúmeno o catequizando de su grupo, y deberá tenerlo muy presente para ayudar a integrarlo dentro del proceso de la catequesis.
 - Procurará conocer igualmente las vivencias religiosas de los miembros de su grupo; sobre todo, intentará descubrir cuál es la imagen de Dios que les ha sido transmitida, qué idea tienen del Evangelio; cuál es su experiencia personal de oración y cuáles son los criterios morales que rigen su vida personal y social.
 - Si se trata de personas alejadas, convendrá que el catequista conozca cuáles fueron los motivos que llevaron a sus catequizandos a alejarse de Dios o de la vida de la Iglesia.
 - El conocimiento de todos estos elementos ayudará, en su momento, a los discernimientos que el proceso catecumenal necesariamente lleva consigo.
- El servicio educativo del catequista no se detiene en las personas aisladas. El catequista ha de estar interesado en educar también las relaciones que se van estableciendo entre las personas del grupo; es decir, ha de favorecer y propiciar las primeras experiencias comunitarias entre los miembros de su grupo que les ayuden a crear su sentido de pertenencia a la Iglesia.
- El catequista ha de conocer la dinámica concreta de su grupo y las tensiones que surgen dentro de él; estando, además, atento a cómo los respectivos miembros van madurando e integrando en su personalidad creyente las distintas circunstancias y momentos de crisis por los que pasa el grupo.
 - El catequista procurará no crear un grupo cerrado, sino abierto a las necesidades humanas y religiosas de su entorno.

- o El servicio educativo que presta el catequista ha de estar vinculado con la acción educativa que ejercen influencia en los catecúmenos y catequizandos que le han sido confiados. El catequista ha de saber, por tanto, situar su acción catequizadora dentro de la más amplia tarea de la educación humana y cristiana de aquellos a quienes catequiza. Esto le llevará a relacionarse con esos otros educadores: padres, maestros, profesores de religión, responsables de movimientos, sacerdotes,...

3.4. El catequista, en cuanto servidor del evangelio, sirve al hombre y al mundo

A veces el catequista puede verse tentado por la sospecha de si su servicio es un verdadero compromiso con los hombres, y, también, si su puesto, sobre todo siendo laico, no estaría mejor en asumir responsabilidades sociales más directas, sin perder tiempo en la tarea de educar la fe, más propia de otras vocaciones y ministerios más intraeclesiales.

Ningún catequista debe caer en esa tentación, ya que la tarea catequética es profundamente humanizadora.

Dar a *conocer* y vincular a una persona con Jesucristo, que es quien de verdad revela al hombre lo que es el hombre (*Gaudium et spes* 22); y transmitir el Evangelio, que es un mensaje que encierra un sentido profundo para la vida y responde a los deseos más hondos del corazón humano, es la mejor contribución que la Iglesia puede prestar al mundo y a la sociedad (cfr. *Gaudium et spes* 40-45); y también el mejor modo como cada creyente puede contribuir a humanizar su entorno y las personas que en él viven. Ya que la humanidad ciertamente anda necesitada de muchas cosas, pero, sobre todo, está necesitada de Dios.

Por otra parte, junto a esta dimensión social, la catequesis colabora a una inserción más humana del cristiano en la trama de lo cotidiano. Centrado como está el Evangelio en el amor, con los innumerables aspectos de esta dimensión cristiana fundamental (1 Cor 13,1-13), la vida evangélica en la que inicia el catequista a catecúmenos y catequizandos proporciona una honda densidad humana en la vida diaria.

4. Conclusión

Cuanto hemos expuesto sobre la función de los catequistas nos debe llevar a comprender la importancia y la necesidad de cuidar a cuantos desempeñan esta función.

Las iglesias locales y las comunidades no pueden quedarse únicamente en asegurar una buena organización de la catequesis; los obispos, los presbíteros y los diáconos se han de preocupar, y mucho, de estar cerca de los catequistas. Es necesario prestarles una atención especial y personalizada, preocupándose de sus situaciones personales así como de los problemas que se les plantean en el ejercicio de la tarea catequizadora.

Sería, desde luego, insuficiente que nos preocupara tan solo el que haya suficientes catequistas y descuidáramos, en cambio, la preocupación de acompañarles y de formarles.

La dedicación y la atención por parte de los presbíteros o los diáconos a la catequesis en sus respectivas comunidades contribuirá decididamente a que éstas entiendan y participen de la catequesis como algo que realmente es de todos, aunque solo sean algunos los que contribuyen directamente a sacar adelante dicha tarea.

El cuidado de la catequesis y de los catequistas por parte de los sacerdotes se revelará igualmente como instrumento rico y favorecedor del surgimiento de nuevas vocaciones para la catequesis. Necesitamos personas que puedan asumir el ser catequistas como un compromiso y una dedicación estable, como una forma concreta de cristalizar la vocación profética inherente a los bautizados.

Y, también, la catequesis misma, bien cuidada, será semillero de vocaciones para los diferentes ministerios, estados y formas de vida en la Iglesia: sacerdotes, religiosos y religiosas, consagrados y consagradas, matrimonios verdaderamente cristianos, creyentes comprometidos en la transformación del mundo, etc. Es mucho lo que la Iglesia da a la catequesis, pero también es mucho lo que una catequesis bien orientada da como fruto para la vida de la Iglesia.

Cuidemos entre todos la catequesis como una de las acciones pastorales más propias de la misión de la Iglesia.

Los retos evidentemente son muchos, las dificultades no pocas, y no siempre contamos con los mejores recursos para afrontar los problemas. Sin embargo, hemos de confiar en que el Espíritu Santo, el principal agente de la evangelización y quien de verdad nos capacita para la misión de anunciar el evangelio, nos ha de guiar y conducir como el auténtico *Maestro Interior* que es. Será, por tanto, Él, el Espíritu Santo, quien nos ayudará a superar con imaginación y creatividad la falta de medios y de métodos, así como las dificultades de todo tipo que nos podamos encontrar. Mas si nos falla la confianza en Él, en el Espíritu de Dios, y en el Evangelio, por muchos y muy buenos métodos que tengamos, todo resultará insuficiente.